

## 23. La Restauración de Nabucodonosor

Durante siete años, Nabucodonosor, en su degradación, fue un asombro para todos sus súbditos. Durante siete años fue humillado ante el mundo, como castigo por atribuirse a sí mismo la gloria que pertenecía a Dios. Al final de este tiempo, su razón le fue restaurada. A través de su terrible humillación, fue llevado a ver su propia debilidad y a reconocer la supremacía de Dios.

En el libro de Daniel se presenta la confesión pública del rey sobre su restauración. Leemos:

### **Daniel 4**

«Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y me volvió la razón, y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino de generación en generación; Y todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y entre los habitantes de la tierra, y nadie puede detener su mano, ni decirle: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón volvió a mí; y para la gloria de mi reino, mi honor y mi esplendor volvieron a mí; y mis consejeros y mis príncipes me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y me fue añadida mayor majestad.» (Daniel 4:34-36)

El castigo que sobrevino al rey de Babilonia obró una reforma en su corazón y lo transformó en carácter. Ahora comprende el propósito de Dios al humillarlo. En este castigo reconoce la mano divina.

Antes de su humillación, era tiránico en su trato con los demás, pero ahora el monarca feroz y dominante se ha transformado en un gobernante sabio y compasivo. Antes de su humillación, desafió y blasfemó al Dios del cielo, pero ahora humildemente reconoce el poder del Altísimo, y busca sinceramente promover la felicidad de sus súbditos.

Por fin, bajo la reprensión de Dios, el rey había aprendido la lección que todos los reyes y gobernantes necesitan aprender: que la verdadera grandeza consiste en la bondad. Él reconoció a Jehová como el Dios viviente, diciendo:

«Venid, todos los que teméis a Dios, y os haré saber lo que Él ha hecho por mi alma. Ahora es mi deseo que todas las personas de mi reino aprendan lo que yo he aprendido, que el Dios a quien deben adorar no es una imagen de oro, sino Aquel que hizo los cielos y la tierra.»

«Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y a los que andan con soberbia, Él los puede humillar.» (Daniel 4:37)

Así, el rey sobre el trono babilónico se convirtió en un testigo para Dios, dando su testimonio, cálido y elocuente, desde un corazón agradecido que participaba de la misericordia y la gracia, la justicia y la paz de la naturaleza divina. El designio de Dios de que el reino más grande del mundo mostrara su alabanza, se había cumplido.

La proclamación pública en la que Nabucodonosor reconoció su culpa y la gran misericordia de Dios en su restauración, es el último acto de su vida según lo registrado en la Historia Sagrada.